

TITULO

Siete crisantemos

Carlos Rodríguez Garrido

DEDICATORIA

Juan, novedades a este lado de la vida:
Tu hijo sigue creciendo lo que yo menguando.
Ahí voy, poquito a poco.
Doblando ropa, igual, un inútil.
Love

A Sergi, mi pasión.

AGRADECIMIENTOS

A mi familia, a mis amigos, que me saben vender.

A Luisa, Rosi y Ángela, fuentes de inspiración sublime e infinita. Mucho amor.

A mi sobrina Eva, que me asesora sin igual en los temas médicos, y mientras, nos reímos.

A mi editora, Isabel Montes, por su pasión contagiosa, su ayuda y buenos consejos. Gracias por
crear en mí.

Para mi medio mundo en México.

CITA

*Con siete espinas de la flor del adulterio,
Siete despedidas en una estación,
Siete crisantemos en el cementerio,
Siete cardenales en el corazón.*

Joaquín Sabina
Siete crisantemos

*Mala como la mentira,
el mal aliento y el estreñimiento.
Mala como la censura,
como rata pelona en la basura.
Mala como la miseria.*

Liliana Felipe
Mala

Prólogo

26 de enero de 1938

Aquel día de finales de enero, Rosa Grau, de siete años de edad, caminaba sin aliento por la calle Císcar cargada con las compras que habían realizado durante la mañana, siempre unos pasos detrás de Elisenda Calabuig, que al no llevar ninguna bolsa andaba ligera como una pluma, con la frente bien alta y los labios apretados en ese mohín de asco que la caracterizaba y que transformaba su rostro de niña de seis años en el de una vieja huraña.

Esa mañana había sido particularmente prolífica. En la pasamanería de doña Úrsula adquirieron las franjas de seda “tan imprescindibles para el vestidito de primavera de la niña”, como repetía hasta la saciedad doña Antonia, el ama de llaves de los Calabuig, sacando su voz estridente por la ventana de la cocina con la no disimulada intención de que la oyesen los vecinos. En Conde de Altea entraron en Ultramarinos Izquierdo, consiguiendo auténtico aceite de oliva, de Jaén, que olía a la mismísima gloria y con un precio que dejaba sin aliento; un cuarto de queso manchego y dos kilos de un arroz tan blanco que los granos relucían como el nácar. En esa misma calle recogieron el reloj de pulsera que el padre de Elisenda había llevado a reparar días antes, uno de entre la centena larga de los que se componía su colección. Orgullo familiar, según la familia; una necesidad más que añadir a la lista, según Rosita.

Terminaron el recorrido comercial comprando dos pasteles rellenos en la pastelería de Fondó, capricho que Elisenda engulló con ansia canina, la nata le rebosaba por la boca mientras que a un palmo de distancia se encontraba la cara de la otra niña.

—No te dará un cólico miserere —cabeceó Rosa. Elisenda, sonriendo con malicia, se chupó los dedos.

No había nada que el dinero de don Francisco Calabuig no pudiera comprar ni ocasión en la que su hija le recordara a la otra niña la relación de sumisión que debía de mantener con la familia.

Entre la profusión de obligaciones, tareas y responsabilidades con las que se había pactado la entrada de Rosa en el piso de la calle de La Paz, las de salir al exterior eran especialmente sorprendentes y estúpidas: Rosita permanecería en la puerta de las tiendas mientras la señorita Eli realizaba las compras, atenta a cualquier peligro que pudiera surgir en las calles y con el deber de protegerla.

La señorita de compañía, desde el principio, lo tuvo bien claro: estaban listos si creían que ella se iba a jugar la vida por semejante bicho. Saldría corriendo hacia su propia casa ante cualquier contingencia, importándole bien poco lo que a Elisenda le pudiera acontecer. También le advirtieron que debería ir siempre detrás de la señorita y, en el hipotético caso que una horda de rojos se les abalanzara con las intenciones propias de una horda de rojos, ella haría valer su pertenencia a la clase baja para defender a la Calabuig. Tal cual. Y Rosita, en cada salida, se lamentaba de que a nadie se le hubiera ocurrido crear esas hordas.

Como en tantos otros asuntos domésticos, doña Antonia había sabido imponer su criterio al de don Francisco. Resultaba beneficioso para la salud mental y física de la nena —así era llamada Elisenda en casa— que hiciese una vida lo más normal posible. Para ello, se le encomendaban recados sencillos y algunas de las compras para la despensa. Al fin y al cabo, era Rosa quien realizaba el trabajo duro. Doña Antonia, de esta manera, se aseguraba unas horas de asueto en las que se dedicaba con ahínco a florear con el señor, llenarse la cara de untes o ensanchar las costuras de sus vestidos. Sus carnes se habían ensanchado considerablemente en el año que llevaba con los Calabuig.

Rosita miró atónita a su acompañante.

—Encima eres una cerda comiendo. Tienes el morro lleno de nata.

Eli sacó la lengua y se relamió, giró sobre los talones y continuó la marcha dispar. Unos minutos después, se volvió con desdén y esperó que Rosita la alcanzara.

—A este paso vamos a llegar tarde —dijo poniéndose en jarras mirando su reloj—. Pasan cinco minutos de la una y media. Sabes que mi padre debe de sentarse a la mesa a las dos en punto.

—Entonces coge tú alguna cesta, que no te vas a herniar.

—Ese es tu trabajo, para eso te pagamos.

La cara de la niña se encendió como una antorcha y a punto estuvo de dejar las bolsas en el suelo, darle a la repelente Elisenda una patada en el trasero y largarse con su familia. Aquella consentida era el colmo.

—¡¿Me pagáis?! —gritó Rosa—. Me dais de comer vuestras sobras, y sin pan, porque el que sobra lo guardáis para dárselo a las palomas de la plaza, que ya hay que ser sinvergüenza y ruin para hacer eso; duermo sobre mantas en el suelo de la cocina, cuando tenéis habitaciones de sobra, y me pongo la ropa que a ti ya no te da la gana de ponerte, no porque esté rota o vieja, sino, simplemente, porque “te cansas de llevar siempre lo mismo” —la remedó llevándose la mano a la frente y escupiendo en el suelo—. Eres tan borrica como mala, niña.

Elisenda Calabuig dibujó su mohín de asco y contrajo la nariz. Apretando los puños, avanzó dos pasos hacia Rosita Grau quien, a su vez, la desafió con la mirada. No haría nada, desde luego, sabía muy bien lo que se escondía detrás de los ojos negros de su señorita de compañía. Igual que sabía que era más inteligente, más fuerte y más decidida. Al primer guantazo estaría perdida.

Bajó la mirada e intentó darse media vuelta, pero Rosita, esta vez, no lo iba a dejar pasar. Y sabía muy bien qué tecla tocarle.

—Da igual lo que te pongas, lo cara que sea tu ropa. Todo te sienta fatal porque estás contrahecha y tienes la misma figura que una lagartija. Eso no lo arregla el dinero de tu padre. Como tampoco lo torpe que eres, que tienes al profesor muerto de la risa con tu estupidez. Nunca vas a servir para nada, más que para gastarte el dinero en pasteles de nata —dijo Rosa con el rostro encendido dando una gran bocanada de aire—. Y si tienes valor, pégame —la provocó—, pero sabes cuál será el resultado, ¿verdad?

Elisenda volvió a mirar al suelo. Era consciente de que Rosita estaba blindada por la fuerza que da el hambre, el trabajo duro y el trato con la realidad. Y aunque jamás lo reconocería, sabía también que era mucho más inteligente.

Perdida la batalla cuerpo a cuerpo, Eli entornó los ojos e hizo la primera chiquillada que se le ocurrió: sacar la lengua y dibujar cuernos con los dedos. Patético.

—¡Válgame! ¡Eres más tonta de lo que yo pensaba! —se asombró Rosita.

En ese momento, la niña pobre experimentó un sentimiento enorme de lástima hacia la niña rica y tuvo la certeza de que aquella muchacha jamás sería feliz. Fue entonces cuando se le dulcificó la mirada apaciguando su enojo.

Elisenda reanudó la marcha camino del centro de Valencia, pero Rosa se dio un tiempo para acomodarse las bolsas en los brazos; le traía sin cuidado tanto si don Francisco comía a las dos en punto como si se le atravesaba en el gástrico un hueso del pollo que había tenido que bajar a comprar recién levantada.

Un retortijón le atravesó el estómago. Su desayuno había consistido en medio vaso de leche y una magdalena tan dura que tuvo que mantenerla sumergida un par de minutos antes de poder hincarle el diente. A media mañana se había metido en la boca un terrón de azúcar sustraído del primer cajón del aparador del comedor, aprovechando los minutos que doña Anto-

nia, haciendo un sinfín de aspavientos, cepillaba el cabello de la “nena guapa”, apelativo con el que se dirigía a la sabandija. A su mente acudía una y otra vez la escena de Elisenda y su boca llena de pastel de nata.

A la señorita le gustaba humillar a Rosita con el beneplácito de doña Antonia. Cualquier situación resultaba adecuada para tal fin, pero ambas arpías se crecían cuando recibían visitas o salían por las tardes a la misa de la catedral, apremiándola con empujones y malas palabras. Reírse de la niña pobre era el pasatiempo favorito con el que huir de su propia estupidez. Sin embargo, solo habían logrado convertirse en el hazmerreír de las vecinas con la misma rapidez que Rosa se ganaba su cariño. La señorita de compañía tragaba bilis y se concentraba en asaltar de madrugada la despensa para robar víveres que escondía bajo la pila de fregar, lugar inhóspito al que nunca se asomaban pues el pedigrí de las marquesas les prohibía doblar el espinazo.

Los domingos por la tarde, Rosita se las arreglaba para sujetar esos alimentos entre dobleces de sus enaguas y llevarlos a su familia.

Aquella mañana le hubiera dicho muchas más cosas, claro. Como que dejarla asistir de oyente a sus clases sin derecho a abrir la boca era abominable; tampoco tenía permitido escribir ni responder a las preguntas del profesor. Pero se regocijaba sabiéndose más lista. Porque Elisenda era mema de solemnidad y cuando lograba exponer la solución, por lo habitual errónea, Rosa hacía una eternidad que había respondido mentalmente. Y de manera satisfactoria.

Don Francisco Calabuig había decidido, en la misma manera pomposa con la que realizaba todos sus actos, que la niña estudiara en casa para aislarla de la propaganda roja. Un maestro de labios apretados, párpados caídos y apatía extrema se sentaba cada tarde en una silla de respaldo alto más pendiente de la puerta de la cocina que de la estúpida de su pupila, a la espera de que doña Antonia interrumpiera la clase con una bandeja de

galletas y café con leche humeante. Merienda a la que Rosa no estaba invitada.

La lista de agravios y humillaciones era pues, enorme. En el contrato verbal que tuvo lugar en el puesto del Mercado Central regentado por la madre de Rosita Grau, por el cual la niña se iba a vivir a casa de la familia Calabuig con el fin de hacer compañía a la niña Elisenda, nada se habló de realizar trabajos en la casa. Pero la realidad había resultado muy diferente y Rosa se deslomaba desde el amanecer barriendo la casa, haciendo camas, planchando, yendo a la compra y quitando el polvo antes de entrar en la habitación de la señorita para “entretenerla”. No tardó en darse cuenta que entretener a semejante alimaña, de humor caprichoso y aburrimiento constante, resultaba tarea imposible.

—Eres una desagradecida —hipó Elisenda, erre que erre, cinco pasos por delante.

—Y tú un mastuerzo —gruñó Rosa sin tener muy claro el significado de la palabra, pero que era la preferida de la abuela Berta a la hora de repartir improperios.

Y si la señorita estaba llorando, no sería ella la que la consolara. Rosa volvió a ralentizar el paso y tomó aire. Con no poco regocijo, pensó que con un poco de suerte llegarían bien pasadas las dos, justo para ver las caras de asco de don Francisco y doña Antonia, tiesos como estacas en sus sillas. El ama de llaves le dirigiría el tic de su párpado izquierdo, espasmos que se incrementaban cuando se enfadaba y la culparía del retraso. Pero a la niña le importaba bien poco. Si la pécora pensaba que no andaba enterada de lo que se cocía en la casa, estaba lista. Don Francisco era un viudo calzonazos que se dejaba mangonear por la doña, convertida a la sazón en dueña y señora de la vivienda. Nada se hacía en la familia sin su visto bueno y cualquier gasto salía directamente de la bolsita de tela que guardaba entre sus pechos, enormes y albinos.

Por descontado, en el vecindario hacía tiempo que la veían venir. Era tema de conversación preferente que la intención del ama de llaves pasaba por convertirse cuanto antes en la segunda esposa de Francisco Calabuig. La hija de este, entretanto, sabiéndose centro del universo, se volvía cada vez más insoportable, mimada y déspota.

Rosa Grau se paró unos instantes, dejó las bolsas en el suelo y resopló. La señorita Eli volvió a colocar los brazos sobre la cadera mientras golpeaba el suelo con el pie. Una mostraba los ojos húmedos; a la otra, dolorosamente, se le marcaba en la carne de los brazos, las asas de las cestas. Empate.

La menor de las pequeñas sudaba a pesar de la baja temperatura invernal. Cambió el queso manchego de canastilla para compensar el peso antes de reanudar la marcha. Cuando salieron a la Gran Vía agradeció el aire frío y húmedo que llegaba desde el mar y se llenó los pulmones de olor a salitre.

—¡Por fin! Gran Vía Buenaventura Durruti —gritó Rosa, orgullosa, por el simple hecho de jorobar a Elisenda. El cambio de nombre de algunas de las calles de Valencia que había decretado la autoridad republicana sacaba de quicio a don Francisco y, por extensión, a la insulsa de su hija.

Elisenda volvió a bufar, pero continuó con la mirada altiva y redobló esfuerzos por contonear un trasero que aún no tenía. Porque, para rematar su personalidad enrevesada, era extremadamente coqueta. Se probaba la ropa una y otra vez, pasaba horas frente al espejo de su habitación y por la calle sus ademanes resultaban tan exagerados que daba la sensación de columpiarse, en vez de caminar. Solo conseguía hacer el ridículo, ya que sus aires de dama provocaban la hilaridad a lo largo de las calles del centro, y la pánfila de doña Antonia, tanto monta, monta tanto, era incapaz de corregirla.

—¡Vamos a llegar tarde! —repitió Eli, queriendo imitar la voz de mando del ama de llaves.

—¡Pues mira qué bien!

Dejaron pasar un tranvía y cruzaron la calzada. Continuaron por la mediana de la avenida. El viento del este mecía la hojarasca de los árboles, tan frondosos que parecía que por allí el invierno hubiera pasado de largo. Rosa alzó la mirada y un rayo de sol proyectó decenas de puntos de luz en su retina. Durante unas milésimas de segundo agradeció la tibieza de ese calor en el rostro. Un espacio de tiempo imperceptible en el que la vida volvía a la normalidad, ella iba a la escuela, su padre se levantaba cada mañana para ir al trabajo, comía todos los días, jugaba con su hermano Alberto y la guerra era, simplemente, una más de esas noticias extrañas que escuchaba a diario en el noticiero de la radio.

Esquivando otro tranvía, alcanzaron la acera opuesta de la Gran Vía. Sin perder en ningún momento la alineación de señora y criada, alcanzaron Conde de Salvatierra en el mismo momento que las sirenas antiaéreas rompían el cielo de Valencia y un escalofrío de terror recorría a sus habitantes.

—¡Eli, no sigas! —gritó Rosa, que había dejado la compra en el suelo y señalaba a su espalda—. Vamos al refugio.

Elisenda se paró en seco. Su rostro había perdido la altanería de niña consentida, pero se colocó de nuevo en jarras, sin duda, su postura preferida. Tuvo que gritar para hacerse entender en medio del estruendo de la alarma.

—Ni hablar. Yo no me meto ahí con esa chusma.

Rosita cabeceó, incrédula, preguntándose si, además de ser estúpida, la niña estaba loca. Le costó mantener la compostura, con la imagen de su familia en la retina.

—A ver, Eli. Guerra, aviones, bombas. ¡Bum, bum! ¡Catacrac! Muerte. ¿Entiendes?

—Ellos nunca bombardean aquí. Solo lo hacen en sitios claves para su estrategia militar. Cuando ganen y entren en la ciudad no la quieren destruida. No son unos asesinos.

—Pero ¡cómo puedes ser tan tonta! Ya han bombardeado el centro. Y son unos asesinos que bombardean a gente indefensa.

La señorita Eli se limitaba a repetir como un loro las arengas fascistas que su padre soltaba cada noche después de cenar, mientras saboreaba una copa de coñac frente al aparato de radio. Justo las contrarias que escuchaba Rosa en su casa, con una madre sindicalista y un padre en el frente defendiendo la legalidad de la República.

Mucho más práctica y espabilada que Elisenda Calabuig, Rosa Grau dulcificó la voz e intentó hacerla entrar en razón: en pocos minutos llegarían los bombarderos y disponían de un refugio antiaéreo a escasos metros. Blanco y en botella, dos más dos son cuatro... No lo consiguió.

—Nos vamos a casa, aquí no va a caer ninguna bomba —zanjó.

En ese instante, Rosita pensó lo fantástico que sería que a su acompañante le cayera un rayo sin necesidad de esperar a una bomba de la aviación italiana, mientras reanudaban la marcha al trote.

—¡La Pava, la Pava! ¡Que viene la Pava!

El aullar de las sirenas se mezcló con los gritos de la población que anunciaba desesperada el sobrenombre que le habían dado a la aviación de Mussolini al correr en la dirección adecuada. Hacia el refugio. Los rostros reflejaban el terror que desprende una ciudad que ya había sufrido las suficientes incursiones aéreas para saber cómo se las gastaban los aliados de las tropas del bando llamado nacional.

Aquel miércoles 26 de enero, una escuadrilla compuesta por seis bombarderos Savoia S-81, los *pipistrello*, que mezclaban bombas convencionales con artefactos incendiarios para aumentar los daños, dejaría caer sobre Valencia toneladas de carga mortífera, provocando una de las mayores matanzas de civiles entre los más de cuatrocientos ataques que sufrió Valencia durante la Guerra Civil.

La Aviazione Legionaria, con base en Pollensa, entró en el cielo de la capital como era su costumbre por el este, a la altura del Grao, a la una y media de la tarde. Allí empezó su descarga de muerte. Un barrio acostumbrado a esos ataques, ya que el puerto fue, junto con las instalaciones ferroviarias, el punto más castigado de la ciudad durante los tres años que duró la guerra. Pero ese día los bombarderos tenían otras órdenes y tras una rápida razia por el distrito marítimo se dirigieron en formación hacia el oeste. Hacia el centro urbano.

Tanto la aviación italiana como la Legión Cóndor alemana usaron la España republicana como campo de pruebas de nuevas técnicas de guerra que usarían años después en la Segunda Guerra Mundial.

El bombardeo sobre Valencia a primera hora de la tarde del 26 de enero de 1938 fue una más de esas pruebas.

Rosa, a pesar del rencor acumulado durante meses y la rabia que sentía por Elisenda, fue incapaz de abandonarla. Captaba el miedo de la niña tanto como sufría el suyo propio. Además, y aunque en su casa eran pobres, habían sabido inculcarle valores como la solidaridad, la responsabilidad y el amor al prójimo. Exactamente los mismos preceptos de los que se vanagloriaban los llamados católicos, pero que nunca llevaban a la práctica. Con el ulular de las sirenas sobre sus cabezas la pequeña Eli se le antojó un animalito herido y asustado que no lograría sobrevivir sin su ayuda, así que ambas continuaron la carrera hasta llegar al jardín de la Glorieta.

Habían dejado atrás un colegio de primaria en cuyo patio dos policías se apresuraban a dirigir a niños y profesores hacia los sótanos del edificio, los comerciantes habían bajado las persianas de sus locales y los conductores dejaban sus coches aparcados y abandonaban las calles.

Rosa insistió en buscar refugio. La carrera la había dejado agotada. Podrían incluso entrar en los baños del parque, construidos bajo tierra, o tras los sacos de arena que protegían Capitanía General. Todo antes que su-

frir el bombardeo en plena calle. Con el tiempo que había pasado desde el comienzo de la alarma, los aviones estarían a punto de sobrevolarles. El miedo y su sentido práctico le hacían sentirse desnuda en medio de la ciudad.

—No seas idiota. ¿No ves lo cerca que estamos?

Idiota o no, ella entraría en el refugio de la esquina con Bonaire. La estupidez limitaba con la supervivencia. Eli podría hacer de su capa un sayo.

Escucharon los primeros zumbidos de los S-81 y ambas dirigieron sus miradas hacia el cielo. Una vez alcanzaron la calle de la Paz buscaron instintivamente la protección de los edificios. Elisenda se quitó el abrigo sin dejar de correr y lo lanzó sobre Rosa, quien lo tiró al suelo, deseándole a su compañera la peor enfermedad del mundo. Solo anhelaba que el bombardeo pasara pronto, la guerra terminara y la cordura perdida volviera a instalarse a su alrededor.

Rosita Grau, con lágrimas en los ojos, sintió una punzada de dolor al pensar en su familia, sin duda instalados en el refugio de Ruzafa más cercano a casa. Porque estudios no tenían, pero conservaban el sentido común intacto. Rosa Fuster trabajaba por las mañanas en el Mercado Central atendiendo un puesto de verduras apenas abastecido y acudía por las tardes al sindicato para preparar movilizaciones, coordinar las ayudas al frente y colaborar en la defensa de la ciudad. La abuela Berta cuidaba de Alberto, su hermano pequeño, mientras hacía juegos de magia con la escasa comida que entraba en la casa para preparar algo decente que llevarse a la boca.

Alberto era a quien más echaba de menos desde que, seis meses antes, Rosa había sido obligada a trasladarse al centro para servir en casa de los Calabuig como simple chacha, por mucho que quisieron disfrazarlo dándole el pomposo nombre de señorita de compañía. Estrechar en su pecho el cuerpecito rechoncho, suave y templado de su hermano la llenaba de una paz anhelada y lograba por unos instantes que olvidara la guerra, la ausen-

cia de su padre, los golpes del hambre y su propia infancia, ya perdida definitivamente. Sin embargo, no guardaba resentimiento hacia su madre, que bastantes lágrimas había derramado ya. A fuerza de saltarse comidas, Rosita sabía a la perfección lo que representaba en aquellos tiempos una boca menos. Los domingos después de comer, liberada por unas horas de la compañía de la bestia, cogía el tranvía hasta Ruzafa y la familia se reunía junto al brasero a la espera de que la niña mostrase los tesoros escondidos bajo su falda.

Después de merendar a costa de los Calabuig, Rosa pasaba la tarde colmando de besos y juegos a su hermano Alberto.

El nacimiento del pequeño Grau había supuesto un soplo de frescura en aquel infierno de hambre, desastres sociales y miseria, y era uno de los escasos motivos para que la niña se permitiera sonreír. Porque Rosa Grau pensaba que la vida estaba muy mal repartida, pero que ella aún había salido peor parada en el reparto. Cuando su madre aceptó que se convirtiera en la señorita de compañía de Elisenda Calabuig Miravet, una niña de alta alcurnia, lo hizo pensando en que comería decentemente, recibiría educación y no se mataría a trabajar. No quería que la vida de su hija fuese un calco de la suya propia. De modo que Rosita también dedicaba los domingos por la tarde a mentir con una desfachatez apabullante a su madre y a su abuela sobre su vida en la casa, y al menos la frescura infantil con la que actuaba lograba mitigar la mala conciencia de las mujeres.

Antes de regresar al averno de la calle de la Paz, la abuela Berta sacaba las natillas que había preparado reservando un poco de leche de las exiguas raciones que disponían y para Rosa aquellas natillas eran mil veces más sabrosas que cualquier exquisitez —robada, por supuesto— que probara en casa de don Francisco Calabuig.

Un nutrido grupo de personas se agolpaba frente a la peluquería colectivizada. Era como si los clientes, a pesar de la amenaza de bombardeo, se negaran a perder el turno del único sitio que podían pagar para cortarse

el pelo. Un asunto ese, el de las colectivizaciones, que también desquiciaba a don Francisco, asegurando que no dejaba de ser una nueva atrocidad de los rojos. Algunos de los bajos y pisos de la calle de la Paz abandonados por la burguesía al comienzo de la guerra, estaban siendo utilizados por colectivos de toda índole y organismos gubernamentales. El Calabuig se había negado a abandonar su casa y sus negocios, afirmando tener la intención de ser el primero en recibir al ejército de liberación. “Una cuestión de semanas”, repetía desde hacía año y medio.

Cuando el ruido de motor de los aviones subió en intensidad, el grupo de clientes de la peluquería se desintegró y la gente empezó a correr despavorida en todas direcciones. Rosita apretó el paso, sabedora de la pequeñez del sótano de Bonaire habilitado como protección antiaérea. Si se llenaba, no podrían entrar.

Súbitamente, una explosión atronadora paralizó a las niñas. El miedo les impedía mover un solo músculo. La bomba había caído muy cerca y el estruendo hizo oscilar el suelo bajo sus pies. Rosa sintió cómo se le erizaba el pelo de la nuca; Eli, aterrada, perdía la mirada en el cielo azul.

—¡Ahora sí que no podemos quedarnos aquí, en medio de la calle! — chilló Rosa, agarrando a Eli del brazo, aunque la detonación todavía le embotaba los sentidos y apenas escuchaba su propia voz—. ¡Están aquí, Eli! ¿No ves que están aquí? Una última carrera y llegaremos al refugio.

El pánico había dejado a Elisenda clavada a los adoquines de la acera. Tenía la boca abierta y el labio inferior le temblaba. Su pequeño mundo se le venía encima. Al fin y al cabo, era solo una niña, una niña que no estaba preparada, como no lo estaba nadie, para que una guerra entre hermanos le destrozara la vida.

—¡Eli, vamos, corre! ¡Corre!

Cuando esta reaccionó miró a Rosa con extrañeza, dibujando una sonrisa de aversión en su rostro. Más que una sonrisa, fue una mueca; una mueca que dejaba bien claro quién era quién en la relación entre ambas ni-

ñas. Lo que pensaba de su señorita de compañía quedó de manifiesto cuando, quitándose el bolso, lo colgó del cuello de una sorprendida Rosa que ya llevaba recorrida media ciudad como una mula de carga.

Elisenda se puso a correr sin mirar hacia atrás, dirigiéndose hacia su casa. Rosa, completamente aturdida, no pensó en la posibilidad de arrojar el peso que la lastraba para ir más ligera, esquivó en la acera una bicicleta caída y miró al frente con la certeza de que el corazón se le salía por la boca. Su mente solo proyectaba la imagen de la entrada del búnker de la calle Bonaire, el zócalo marrón, la pared blanca, las letras azules.

REFUGIO

Siete grandes letras que simbolizaban, por sí solas, la maldad que se había instalado sobre sus vidas.

Se produjo un nuevo estallido. Aquella bomba había caído aún más cerca que la primera y la detonación volvió a desestabilizar los menguados cuerpos de las niñas. Se escucharon gritos, más explosiones. Un soplo de viento trajo el olor a pólvora y de repente la respiración se hizo fatigosa. Una explosión de esa potencia producía una sensación insólita: la vista se nublaba por unos segundos, los órganos internos parecían desplazarse en el interior del cuerpo y las piernas se negaban a responder a las órdenes de movimiento.

Pasaron unos segundos antes de que Rosa regresara a la realidad. Ni siquiera buscó a Elisenda con la mirada. Solo pensaba en llegar a la entrada del refugio. También se prometió que, pasase lo que pasase, jamás volvería a pisar la casa de los Calabuig.

Otra bomba. Y tan cerca que la onda expansiva no tardó en llenar la calle de pavesas y cenizas, tan absurdamente parecido a lo que sucedía al arder las Fallas la noche de la *cremà*. Pero no estaban en San José, no eran Fallas, no había nada que celebrar. Eran fascistas italianos concentrando el bombardeo en el centro de Valencia.

Cuando Rosa llegó a la entrada del refugio se llevó las manos a la boca. La gente se apelotonaba en la entrada, gritaba, se empujaba, se liaban a golpes unos con otros. El recinto de seguridad estaba lleno. Había llegado demasiado tarde. No le quedaba otra solución que llegar hasta casa de los Calabuig. Cualquier cosa antes de sentirse tan desprotegida en medio de la calle.

Se encontró a Elisenda arrodillada en el suelo. Había tropezado y al caer se había hecho una herida en la rodilla de la que manaba un hilillo de sangre. La cogió del brazo y le ayudó a levantarse. En ese momento se oyó el silbido con toda claridad. Venía de algún punto justo encima de sus cabezas y era parecido a una salida como las que inundaban el cielo en las *mas-cletàs*, pero mucho más potente e inquietante.

De nuevo paralizadas por un terror que no tenía fin, Rosa y Elisenda volvieron sus rostros al cielo, como si localizar la trayectoria del agudo y penetrante pitido las pudiera librar de la muerte. Se hallaban a escasos metros del edificio donde vivían los Calabuig, pero las niñas parecían haber perdido la capacidad locomotora. De pronto, Eli, presa de pavor, empezó a gritar. Rosa no reaccionó, apenas desvió unos centímetros la mirada para observar boquiabierta como un grupo de personas, arrodillados en medio de la calzada y con los ojos cerrados, se entregaba a la oración.

La onda expansiva penetró por cada uno de los poros de la piel, rompiendo las almas en mil pedazos.

Inmediatamente después el mundo se apagó.

Una bomba cargada de cien kilos de materia letal acababa de explotar sobre sus vidas.

La sucesión de explosiones cesó y el zumbido de los aviones se alejó en dirección al Mediterráneo. Inmediatamente cayó sobre el centro de la ciudad un manto de silencio y polvo negro que empezó a recorrer las calles con lentitud aterradora. Los primeros en acudir al infierno fueron los veci-

nos a los que la diosa Fortuna les había bendecido con mantener sus casas intactas. Estaban desolados, indecisos sobre dónde concentrar su atención entre tanto desastre. Ante tanta desolación, solo fueron capaces de llevarse las manos a la cabeza.

Las sirenas volvieron a sonar para dar por concluida la incursión mortífera. El refugio de Bonaire vomitó las decenas de personas que se habían protegido en su interior a la calle de la Paz, denominación que aquel día parecía un insulto. Pasados los primeros momentos de estupor, los ciudadanos se apresuraron a buscar el origen de los aullidos y lamentos que surgían en todas direcciones.

Muertos. Por donde se mirara había cuerpos inertes. Cuerpos de ambos sexos, de todos los tamaños y en las posturas más inverosímiles que minutos antes esperaban turno para arreglarse el pelo a precios populares. Un racimo de cadáveres fruto de una guerra bastarda, hija del fanatismo y la intolerancia y con la bendición de la Iglesia católica. Una historia que se repetía en España demasiado a menudo.

El barrio de la Xerea se había convertido en un caos de cascotes, muebles destrozados, hierros retorcidos y despojos humanos. Los *pipistrello* acababan de dejar Valencia sumida en el abismo, retornando a su base de Mallorca con el deber cumplido.

Una de las bombas había explotado en Poeta Querol, frente a la fachada del hotel Inglés, afectando a la pared del edificio y reventando una decena de automóviles aparcados en la acera. Por escasos metros no había afectado el portal de alabastro de estilo rococó del Palacio del Marqués de dos Aguas. La segunda cayó a cincuenta metros de distancia, destruyendo por completo tres edificios y afectando a las calles colindantes. A escasos metros del refugio, se contabilizaron una veintena de cadáveres que no habían llegado a tiempo.

Una carnicería.

En la esquina con la plaza de la Reina aparcó un camión de bomberos y varias ambulancias; los escombros no les permitían el paso más allá y los equipos de rescate se dirigieron a pie al tramo de calle afectado. Al mismo tiempo, un grupo de ebanistas que había desalojado su taller de la calle Comedias se ponían a disposición de los bomberos. La polvareda aún cubría el mar de escombros y focos de fuego pugnaban por hacerse un hueco entre las ruinas de los edificios.

—¡Asesinos! ¡Asesinos! —empezó a gritar la gente, indignada.

Los aullidos de dolor crecían en intensidad a una velocidad escalofriante. Era vital actuar con celeridad, ya que muchos de los heridos semi-enterrados morirían por falta de oxígeno, aplastados o abrasados por el fuego.

Los voluntarios dispuestos a ayudar hacían señas de desesperación. Resultaba difícil saber por dónde empezar. En pocos minutos decenas de personas llenaron la calle, esforzándose con ahínco en sacar a los heridos de entre los cascotes y retirar los cadáveres, al tiempo que otro grupo se dedicaba a taponar heridas con sus propias ropas y a tranquilizar a los afectados en espera de la llegada de ayuda médica.

Un bombero tropezó con un cuerpo parcialmente cubierto por los restos de un armario. Por mera intuición, retiró la madera destrozada y tocó la pierna con su pie. El cuerpo se movió. Su ropa, hecha jirones, aún desprendía humo.

—¡Aquí, aquí! —gritó, levantando y moviendo los brazos para llamar la atención de sus compañeros—. ¡Está vivo!

Ayudado por un ebanista, retiraron los listones de madera humeante y dieron la vuelta a la figura menuda que yacía en el suelo. Tenía la cara destrozada, cubierta de sangre y parecía sufrir graves quemaduras. Emitió un ligero quejido.

—¡Dios mío, es una niña! —exclamó el bombero—. ¡No es más que una niña!

Sacó de su bolsa una cantimplora y la acercó al sitio donde debía de estar la boca de la joven.

—Bebe un poco, te sentirás mejor.

—*¡Assassins, assassins!*

La indignación de la gente se mezclaba con los gritos de auxilio de los heridos. Libres ya del peligro de la aviación fascista, la multitud acudía en masa al campo de muerte y destrucción en que se había convertido el barrio.

—¿Cómo estás? —preguntó, sin esperar respuesta. La niña realizó un casi imperceptible movimiento con su mano—. Aguanta, pronto llegará la ayuda sanitaria.

Por orden del bombero, la niña quedó a cargo del carpintero. Este se sentó en el suelo y, con extrema precaución, agarró su cabeza sanguinolenta y la depositó sobre la pierna, mientras la tranquilizaba con la voz.

—No te preocupes, pequeña. Ya verás que pronto te pones bien. Tú quédate tranquila.

La niña sentía un dolor indescriptible por todo el cuerpo, pero sobre todo en la cara. Era como si tuviera una llama dirigida al rostro. Con lentitud, alzó una mano y se palpó la zona. No encontró la nariz, tan solo un trozo de carne que parecía a punto de desprenderse.

Su cuidador le apartó la mano.

—No te toques. Espera a que lleguen los médicos. No te muevas.

Con mimo, le retiró de la frente el cabello empapado en sangre. El mechón, sanguinolento y chamuscado, se le quedó entre los dedos. Comenzó a llorar. Nadie estaba preparado para semejante horror.

Ella levantó los párpados carentes de pestañas. Le costó unos segundos enfocar con claridad. Suponía una tortura, pero sintió el impulso de ver qué había ocurrido a su alrededor. Le tranquilizó la mirada de su cuidador, a pesar de la humedad que empapaba sus ojos. Tenía barba gris, espesa y bien cuidada y labios gruesos y sonrosados. Pero desobedeció las órdenes

para que no se moviera y, aguantando el intenso dolor, logró incorporarse unos centímetros. Lo suficiente para ver la destrucción que la envolvía. Entre los escombros, a escasos metros de donde ella se encontraba, una madre con los ojos desorbitados acunaba el cadáver de su bebé, mientras intentaba inútilmente volver a colocarle en el hombro el brazo que la onda explosiva le había arrancado. Detrás, dos hombres jóvenes caminaban en círculos, aturcidos y desorientados. Un par de vecinos les rodearon con los brazos para apartarles del infierno en el que se había convertido la céntrica calle valenciana.

La niña giró el rostro, respiró profundamente. Un cúmulo de sangre acudió a su garganta y tosió y escupió el líquido rojo y espeso. El ebanista agarró la cantimplora dejada por el bombero y se la acercó a los labios, pero no pudo tragar y el buche salió a borbotones. Volvió a pronunciar todas las palabras dulces que conocía. La niña sentía cómo las fuerzas comenzaban a abandonarle y una nube de color gris ganaba terreno dentro de su cerebro.

Frente a ella, dos edificios colindantes mostraban sus tripas a la calle. Las ruinas turbadoras de lo que cinco minutos antes era un dormitorio, una cocina... Lo que hacía unos instantes había representado para alguien la seguridad del hogar, era ahora una muestra más de la atrocidad humana.

No le costó reconocer el comedor. La mesa y el aparador habían desaparecido y el amplio sofá de rayas azules se balanceaba al borde del abismo, pero distinguió, intactas, las rosas y margaritas del papel de la pared. En el respaldo del sofá todavía se conservaba el tapete de punto y la mantita de algodón que don Francisco se echaba por las piernas. A la izquierda de la cálida salita donde el profesor daba sus clases, solo quedaba el cuadro de la barraca a la orilla de la Albufera, en el que un pescador trajinaba con una red y un perro dormía, espatarrado, a sus pies. Sin embargo, no pudo determinar en qué lugar se encontraban los azulejos de color verde claro de la cocina.

Bajó un poco la mirada. La nube de polvo y humo empezaba a disiparse dejando entrever, emborronadas, las letras de color rojo de la carnicería. Salía fuego del interior. Los ojos de la niña lograron enfocar la llama de tonos rojizos que se elevaba hacia el cielo y supo, sin lugar a dudas, que era el mismo fuego que estaba consumiendo su propia vida.

Escuchaba las palabras dulces del hombre que le acariciaba el pelo, aunque le costaba entender su significado. La bruma que se apoderaba de su interior crecía y crecía sin parar. Sin embargo, sus ojos no obedecieron la orden de apagarse y enfocaron solos. Entonces la vio y comenzó a temblar. El cuerpo mostraba una postura imposible, una burla al sentido común. Yacía entre escombros polvorientos, boca abajo, la cara aplastada y la sustancia gris y sanguinolenta del cerebro desparramada alrededor. Una de las piernas apuntaba al cielo, como una señal indicadora del lugar desde donde había bajado la muerte en forma de bombas fascistas. La otra había desaparecido.

Reconoció al instante el zapato marrón, las enaguas blancas y los cuadros de la falda que se apiñaban sobre la cadera de la niña.

Un viento frío empezó a soplar helándole el aliento. De nuevo, vomitó sangre. La nube gris se apoderó definitivamente de su cerebro y perdió el conocimiento.

Capítulo I

Los anónimos

—Y así fue como murió Rosita Grau, mi señorita de compañía —concluyó Elisenda Calabuig Miravet, dando un prolongado y sonoro suspiro. A continuación, bebió un trago de agua. Había pasado la última media hora relatando con detalle las últimas horas de la vida de Rosa durante aquel terrible bombardeo sobre Valencia a principios de 1938, en plena Guerra Civil.

El café se había terminado, pero Lena, la chica ecuatoriana que servía en casa de doña Elisenda, trajo otra cafetera, más pastas de mantequilla y lionesas rellenas de nata.

Alex Bonnet, hambriento, dio buena cuenta de la merienda. Había acudido a la cita sin comer por un problema de nocturnidad. Lo que empezara como una simple cena entre amigos, derivó en una fiesta en toda regla que mantuvo al detective despierto hasta las cinco de la mañana, regresando a su apartamento poco antes del amanecer y en condiciones precarias.